

¿Ayudar al Estado a pensar? Sobre las dinámicas de interacción entre la investigación social y la política

Help the State to think? On the dynamics of interaction between social research and politics

 **MAURO ALONSO**

Doctor por la Universidad de Buenos Aires
CONICET, Argentina

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8644-2592>
mauroralonso@gmail.com

 **DANIELA PERROTTA**

Doctora por la Facultad Latinoamericana en Ciencias Sociales
CONICET, Argentina

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1060-5129>
danielaperrotta@gmail.com

 **GUIDO RICCONO**

Doctor por la Universidad de Buenos Aires
CONICET, Argentina

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5428-5692>
griccono@gmail.com

Cómo citar este artículo en APA:

Alonso, M., Perrotta, D. y Riccono, G. (2022) ¿Ayudar al Estado a pensar? Sobre las dinámicas de interacción entre la investigación social y la política. *Analecta Política*, 12(23), 01-26. doi: <http://dx.doi.org/10.18566/apolit.v12n23.a06>

Fecha de recepción:

11.01.2022

Fecha de aceptación:

18.05.2022

Resumen

La discusión sobre las contribuciones que hace el conocimiento social al proceso de toma de decisiones de políticas públicas es un tema nodal de la problematización sobre la relación ciencia-Estado y conocimiento-política. La conceptualización de la movilización del conocimiento científico supone una propuesta interesante para la reflexión y problematización de esa compleja relación y ofrece algunos indicios para situar las dinámicas de interacción entre los procesos de producción de conocimiento de las ciencias sociales y los agentes extraacadémicos que pueden apropiarse y usar los resultados de la investigación social. En este trabajo, construyendo sobre aportes previos, discutimos sobre las dinámicas de movilización de conocimiento científico en ciencias sociales, en particular para el campo de la ciencia política, revisitando diversos emergentes analíticos que observan la relación academia-entorno, y presentamos algunas conclusiones de base empírica de un trabajo de campo sobre percepciones de investigadores de las ciencias sociales sobre el proceso de producción de conocimiento, las estrategias y formas de interacción, y los principales usuarios de sus investigaciones. En primer lugar, el trabajo caracteriza el campo regional de la ciencia política y sus dinámicas; en segundo lugar, problematizamos los enfoques teórico-analíticos que analizan la relación entre el modo de producción de conocimiento y sus dinámicas de uso y apropiación social, y, finalmente, la tercera sección introduce los primeros emergentes de base empírica de un estudio en curso sobre las dinámicas de interacción entre investigadores sociales y usuarios extraacadémicos.

Palabras clave: movilización del conocimiento, ciencias sociales, política pública.

Abstract

The discussion about the contributions that social knowledge makes to the public policy decision-making process is a core issue in the problematization of the science-State and knowledge-politics relationship. The conceptualization of the mobilization of scientific knowledge supposes an interesting proposal for the reflection and problematization of such a complex relationship and offers some indications to situate the dynamics of interaction between the processes of production of knowledge of the social sciences and the extra-academic agents that can appropriate and use the results of social research. In this paper, building on previous contributions, we discuss the dynamics of mobilization of scientific knowledge in the social sciences, in particular for the field of political science, revisiting various analytical emergents that observe the academy-environment relationship. Likewise, we present some evidence-based conclusions from a field work on the perceptions about the knowledge production process, the strategies and forms of interaction, as well as the main users of their research. First, the work characterizes the regional field of political science and its dynamics; secondly, we problematize the theoretical-analytical approaches that analyze the relationship between the mode of production of knowledge and its dynamics of use and social appropriation, and, finally, the third section introduces the first empirically based emerging from an ongoing study on the dynamics of interaction between social researchers and non-academic users.

Keywords: knowledge mobilization, social sciences, public policy.

Sobre el campo de científico en ciencia política en el Cono Sur

La participación de América Latina en los circuitos centrales de producción de conocimiento social ha sido un tema de debate recurrente desde la propia región, que estuvo centrado en las condiciones estructurales de nuestros países y en cómo esto incide en las posibilidades y limitaciones de encaminar desarrollo y autonomía. Puntualmente, con la creación de organismos regionales de producción de conocimiento y formulación de políticas públicas a partir de la década de 1950, se produce un mojón en el entendimiento de las relaciones de dependencia, subdesarrollo y periferia conforme a las diferentes escuelas y paradigmas que abordaron estos procesos: la Comisión Económica para América Latina (Cepal) en 1948, el Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (Desal) en 1952, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (Celade), los Estudios Económicos Latinoamericanos (Escolatina) en 1957, el Instituto para la Integración de América Latina y el Caribe (Intal) en 1965, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) en 1967, entre otras, fueron epicentros de la producción de conocimiento social crítico sobre la realidad latinoamericana.

En estos espacios de encuentro y circuitos de movilidad intelectual, se gestaron teorías sociales autónomas cuyos constructos impactaron lo que hoy llamamos el Sur global: desde el estructuralismo económico latinoamericano y los dependentistas, hasta los enfoques des-, pos- y decoloniales. El derrotero de la ciencia política en la región se enlaza a este devenir de las ciencias sociales.

El escenario en el que se desplegó este proceso fue el de la segunda posguerra y la preocupación por el mantenimiento de la paz y el desarrollo económico, en que la ciencia ocupaba un rol central, tanto por su contribución “al progreso” y al “bienestar” como por el mantenimiento de lazos cooperativos y pacíficos entre los países. En este marco, van a surgir un conjunto de organismos internacionales/multilaterales para mantener la paz entre las naciones (Organización de las Naciones Unidas [ONU]), para reestructurar el orden económico (Fondo Monetario Internacional [FMI] y el Banco Mundial [BM]) y para ordenar el comercio mundial (por la vía del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio [GATT, por sus siglas en inglés]). Asimismo, en estos años, comienza a gestarse el sistema de cooperación internacional al desarrollo, por la vía de conferencias multilaterales y por la acción encaminada por agencias de cooperación de países centrales.

En este escenario, la cooperación para la promoción de la ciencia ocupó un rol central. Como indica Beigel (2010), las tres instituciones internacionales que compitieron en la internacionalización de la ciencia, la cultura y la educación durante estos años fueron la Unesco, OEA y la Iglesia católica, mientras que los países que compitieron en este proceso fueron los Estados Unidos y Francia. Por *último*, fundaciones privadas norteamericanas (Ford, Carnegie y Rockefeller) y alemanas (Misereor, Adveniat y Konrad Adenauer) contribuyeron al financiamiento de instituciones, proyectos de investigación y movilidad de investigadores desde sus países a nuestra región. Así, el desarrollo de los conocimientos sociales siguió tres vías: a) la universidad: desde las primeras cátedras de ciencias sociales fueron establecidas desde finales del siglo XIX hasta la aparición de escuelas e institutos de investigación durante la década de 1950; b) el periodismo: con el desarrollo de pensamiento social *amateur* e investigaciones independientes, y c) el Estado: investigaciones para implementar políticas públicas a cargo de técnicos desde 1920.

Los sistemas universitarios de la región eran disímiles, con capacidades institucionales heterogéneas, y planteles dispares (Krotsch, 2001). Sobresalía la ausencia de posgrados y de políticas de investigación científica en las universidades. La profesionalización de la carrera docente se caracterizaba por su desarrollo lento. La consecuencia de estas asimetrías en los sistemas universitarios (y científicos) será que la ciencia social se desarrolla en los epicentros de Santiago, Buenos Aires, San Pablo y Ciudad de México: carreras, facultades, institutos y revistas especializadas dan cuenta de este proceso. En estos circuitos de conocimiento, se formarán científicos sociales (con un perfil de investigador militante) y se generarán las teorías sociales autónomas (y críticas) de América Latina. A su vez, estas pasarán a disputar, globalmente, dos campos de estudio: los estudios latinoamericanos y los estudios del desarrollo (Beigel, 2010).

La Unesco promovió la creación de tres organismos centrales por los que circularon estos investigadores que se formaron con una perspectiva latinoamericana y que desarrollaron categorías y teorías para mejorar las condiciones socioeconómicas de la región: la Cepal en 1948 y la Flacso en 1957 en Santiago de Chile, respectivamente, y el Clacso en 1967 en Buenos Aires (Beigel, 2009, 2010). Estas tres instituciones serán gravitantes para comprender las primeras décadas del desarrollo de la ciencia política en la región.

La ciencia política, es decir, el estudio científico de la política, es reciente, ya que durante muchos años (siglos) tuvo dominancia de otras disciplinas como la filosofía y las teorías políticas, la historia de las doctrinas políticas y el derecho constitucional (Barrientos del Monte, 2013). Será recién a fines del siglo XIX y

principios del siglo XX cuando comience a consolidarse, a partir de la gravitación del positivismo y el nacimiento de la sociología, y a centrarse en el estudio de base empírica de los procesos políticos. Esta vinculación con otras disciplinas y las preguntas sobre la especificidad de su objeto de estudio y sus métodos han caracterizado hasta el día de hoy su devenir, en busca de delimitación y autonomización, así como su denominación más precisa en relación con otras ciencias sociales. La ciencia política se ha desplegado en una variedad de enfoques; cuenta con demarcación, institucionalización y autonomización de las disciplinas “fundadoras”. Parte de esta madurez disciplinar se plasma en la constitución del campo de estudios de historia de la ciencia política (*cf.* Bulcourf, 2012; Bulcourf *et al.*, 2015).

Tan solo por señalar algunos mojones de su devenir, y recuperando lo antes dicho sobre la conformación de la ciencia social latinoamericana como un circuito autónomo de producción de conocimiento durante las décadas de 1950 y 1960, la creación en 1966 dentro de la Flacso chilena de la Escuela Latinoamericana de Ciencia Política y Administración Pública (ELACP) con el objetivo de mejorar el nivel de enseñanza de Administración pública para incrementar la capacidad de los Gobiernos del continente de implementar políticas de desarrollo permitió la circulación de actores y saberes. En efecto, buena parte de los politólogos más relevantes de nuestros países tuvo un vínculo con la ELACP, ya sea como profesor, ya sea como estudiante de posgrado. Además, estos académicos se relacionaban con mayor o menor intensidad con la red de grupos de investigación que generó la creación del Clacso. En estos círculos, se discutían, ampliaban, mejoraban y contrastaban las diferentes vertientes del pensamiento dependientista latinoamericano de entonces. A la vez, esto fue acompañado por el surgimiento de nuevas carreras, muchas de ellas iniciadas en escuelas de Derecho, ampliando la oferta y autonomizándose de las perspectivas jurídicas. En el caso de Argentina, por ejemplo, la ciencia política (y las relaciones internacionales) nace en 1919 en la Universidad Nacional del Litoral, en su sede de Rosario, que luego se convirtió en la Universidad Nacional de Rosario, como licenciaturas en Servicio Consular y Diplomático, transformándose en 1929 en licenciaturas en Ciencias Políticas y otra en Diplomacia y Relaciones Internacionales (Bulcourf y D’Alessandro, 2003, p. 141).

Con todo, en estos años de circulación regional y de debates prolíficos en la teoría social desde el dependientismo latinoamericano, la ciencia política genera un circuito propio para la conformación disciplinaria, que se enlaza con la construcción de las teorías propias (es decir, latinoamericanas) de lo social y un perfil disciplinar vinculado a la Administración pública de cuerpos profesionalizados; pero a la vez militantes o con compromiso político explícito.

Las dictaduras militares afectan este desarrollo, migran muchos de estos académicos al exilio en otros países como México, Brasil, Venezuela, los Estados Unidos, el Reino Unido, Francia y Alemania, principalmente, y así se generan nuevos intercambios y simbiosis con discusiones disciplinares como parte de estas diásporas.

La década de 1980 constituye otro hito para el crecimiento y la institucionalización de la disciplina, que encontró en los procesos de redemocratización de entonces, no solo un terreno fértil para la producción de conocimiento, la reflexión teórica y el perfeccionamiento de métodos, sino también para profesionalizar la Administración pública de los gobiernos democráticos (Barrientos del Monte, 2013; Bulcourf et al., 2017; Leiras y D'Alessandro, 2005).¹ Siguiendo a Bulcourf et al. (2017), desde la década de 1980 la ciencia política, como las relaciones internacionales, han tenido un crecimiento constante en la región al calor de los procesos de democratización expresado en el incremento de las carreras de grado y posgrado junto con la ampliación de la matrícula de estudiantes; “se han consolidado cuerpos de profesores e investigadores, muchos de ellos con fuerte formación de posgrado y experiencia en la investigación científica; las publicaciones fueron creciendo y principalmente se registra una ampliación y consolidación de las revistas científicas periódicas” (Bulcourf et al., 2017, p. 18).

En las tres décadas que van entre la recuperación democrática y los primeros lustros del milenio actual, en el caso de Argentina, la agenda de investigación acompañó los procesos políticos del país, las “necesidades” de decisores y de actores que buscaban incidir en la arena política y los debates y las innovaciones del campo científico en el ámbito central-general.

En la actualidad, el crecimiento del campo académico-científico de la ciencia política en la región puede verse, no solo por el aumento de propuestas de formación de grado y de posgrado, sino también por la creación y el dinamismo de las asociaciones científicas y profesionales, la realización periódica de eventos nacionales, regionales e internacionales, y la proliferación de revistas disciplinares en circuitos regionales y *mainstream* de validación del conocimiento académico.

¹ La creación de la carrera de ciencia política en la Universidad de Buenos Aires en 1985 responde a este llamado a profesionalizar la formación de cuadros de gobierno (Leiras y D'Alessandro, 2005).

La movilización del conocimiento como estrategia de análisis

Desde comienzos de siglo, surge en Canadá para la discusión de las políticas de investigación en ciencias sociales y humanas el concepto de *movilización del conocimiento* como un ensayo de respuesta que permita enlazar con mayor grado de *éxito* la producción de conocimiento científico con su uso efectivo (Naidorf y Alonso, 2018). El Social Sciences and Humanities Research Council (SSHRC, s. f.) define la movilización del conocimiento como

el flujo y consumo recíproco y complementario del conocimiento científico entre investigadores, mediadores e interlocutores y usuarios de dicho conocimiento (dentro y más allá de la academia), que procura lograr la maximización de los beneficios para los usuarios y el logro de conocimientos creados en y para Canadá o internacionalmente que provoquen consecuencias positivas y que, por último, permitan, además, mejorar el perfil, desde el punto de vista de la riqueza y el impacto, de la investigación en ciencias sociales y humanidades.

La movilización del conocimiento supone una serie de estrategias, procesos y acciones que son identificadas en el quehacer cotidiano de los científicos, así como una serie de recomendaciones que la implican en su carácter normativo orientadas a atender los procesos de vinculación entre productores y usuarios de conocimiento (Naidorf y Alonso, 2018). Los múltiples trabajos publicados brindan diagnósticos que se proponen ofrecer definiciones sobre los actores que intervienen en la producción, las diferentes morfologías que adopta el conocimiento que se moviliza y los desafíos que presentan los canales de diálogo entre productores y usuarios del conocimiento denominado científico.

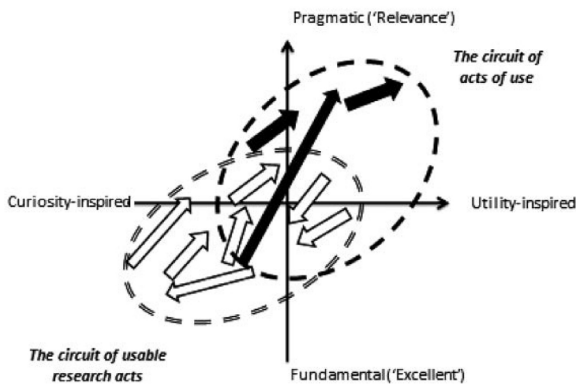
Siguiendo a Bourdieu (1996), el capital acumulable en el campo científico para las relaciones entre pares (lo que explica sus luchas) es la autoridad científica que se materializa en las comunicaciones científicas (en el soporte que estas sean como *papers*, libros, premios, etc.). La inclusión de un “otro” en el proceso supone la necesidad de construir nuevos recursos para establecer tanto legitimidad como autoridad. Estos recursos son ahora trans-epistémicos (Knorr-Cetina, 1996) y requieren nuevas estrategias de acumulación y, por tanto, nuevas dinámicas de interacción entre académicos y no académicos. Solo podrán acumular el capital necesario para establecerse como autoridades del campo en la medida en que,

producto de la interacción, establezcan, de forma contingente, qué recursos simbólicos conforman ese capital específico.

En efecto, en tanto estrategia, la movilización del conocimiento analíticamente supone en algún grado un proceso de transformación de conocimiento con fines de uso por parte de agentes extra-académicos. Existen múltiples formas de reconocer los procesos de transformación de conocimiento (traslación, traducción, apropiación, hibridación, etc.). Benneworth y Olmos-Peñuela (2018) ofrecen la caracterización más adecuada para pensar la tensión entre calidad/relevancia en dos tipos de procesos de producción de conocimiento: procesos de acumulación y proceso de transformación de conocimiento. Los procesos de acumulación de conocimiento se refieren al espíritu más emparentado con la producción de conocimiento fundamental (básico), mientras que los procesos de transformación reconocen aquellas mediaciones que suponen adaptar conocimiento para un usuario definido. Este proceso de adaptación, es, toda vez, producción de conocimiento (Benneworth et al., 2018).

En el sistema general, este enfoque reconoce tanto a los agentes de la transformación del conocimiento (ya sean investigadores formales, ya sean *knowledge brokers*) como a los procesos de acumulación de conocimiento. Esto permite distinguir dos tipos de transacciones de conocimiento, representados en la figura 1. En la figura, se esquematizan cuatro cuadrantes según dos ejes: el espíritu de la investigación (por curiosidad o con espíritu de uso) en el eje horizontal y la tensión entre calidad/excelencia y relevancia en el eje vertical.

Figura 1. Circuitos y procesos de producción de conocimiento con fines de uso



Fuente: Benneworth y Olmos-Peñuela (2018).

Primero, las flechas negras continuas son los circuitos de actos de uso en los que tiene lugar la utilización de los resultados de investigación: conocimiento utilizable (potencialmente) y luego útil que se incorpora a productos en el ámbito social. En segundo lugar, graficados como flechas sin color, se muestran los circuitos de actos de investigación usable que pueden finalmente ser incorporados a los actos de uso, pero no necesariamente de forma inmediata. Además, el esquema reconoce otras operaciones, llamadas actos de investigación de torre de marfil que se ubicarían en la esquina inferior izquierda y que no forman parte constitutiva de ninguno de los dos circuitos (Benneworth y Olmos-Peñuela, 2018). Al respecto de la tensión entre calidad/relevancia, el esquema presentado ofrece una salida elegante que permite reconocer las múltiples dinámicas y modos de producción de conocimiento, y asignarles a todas un valor relativo desde el punto de vista de su capacidad de contribuir a actos de uso del conocimiento.

De este modo, el eje relevancia/utilidad social desempeña un papel a la hora llevar adelante la tarea de investigación. El uso social es para el modo de producción de conocimiento, un objetivo explícito, sobre el que los investigadores se piensan y piensan su práctica de investigación. De ninguna manera, esto supone que sea este el único modo posible de pensar la utilidad y el uso social de la producción científica: siempre son categorías en suspenso y relativas a contextos específicos.

El análisis presentado reconoce que la práctica científica es, en todos los casos, una práctica social y, por tanto, inescindible del contexto social específico en el que se lleva a cabo.

Movilización del conocimiento científico: sobre el “otro” en la investigación científica y las dinámicas de interacción

A partir de lo anterior, este trabajo recupera reflexiones vertidas en trabajos previos (Alonso, 2021; Alonso y Nápoli, 2021; Naidorf y Alonso, 2018; Naidorf y Perrotta, 2015; Naidorf et al., 2020) sobre las formas en que los investigadores sociales interactúan con agentes extra-académicos y cómo perciben y significan el uso (potencial o concreto) producto de sus investigaciones.

Junto con la revisión de modelos analíticos y conceptuales, este trabajo presenta resultados de una primera indagación exploratoria sobre las consideraciones desde el punto de vista de los investigadores. El enfoque de la investigación realizada supone un estudio exploratorio, de corte cualitativo, que se propone describir y analizar, desde la perspectiva de los agentes, las significaciones atribuidas sobre las dinámicas de vinculación, los roles y las funciones en la interacción y las formas en que el conocimiento que producen pueden ser apropiados, re-significados y utilizados por parte de decisores y funcionarios. La base empírica analizada consta de cinco entrevistas en profundidad a investigadores formados (sénior) del campo de la ciencia política y un cuestionario *online* autoadministrado a una muestra de treinta investigadores del Cono Sur² sobre sus percepciones de movilización del conocimiento y vinculación con agentes extra-académicos. Las entrevistas fueron desgrabadas, anonimizadas y codificadas, y sobre el cuestionario online, de la muestra total, se obtuvieron 24 respuestas únicas. Las secciones que siguen recuperan los discursos de los investigadores en forma de *verbatimims* como también algunos de los resultados más relevantes producto del cuestionario.

Las características de la interacción: expertos, legos y *expertise*

Collins y Evans (2002) en su influyente trabajo argumentan que, en contraposición al modelo experto/lego (vinculado a la autoridad y el déficit de conocimientos), existen múltiples tipos de *expertise* para analizar los modos de interacción entre académicos y no académicos. Los autores diferencian entre dos tipos de *expertise*: interactiva, que supone poseer el conocimiento y las habilidades suficientes para interactuar de manera significativa con otros expertos en el propio campo, y contributiva, que supone tener suficientes conocimientos y habilidades para hacer una contribución al cuerpo de conocimientos en construcción. La *expertise* contributiva es propia del campo científico y se adquiere mediante la formación y la socialización en una disciplina (adquiriendo conocimiento tácito al trabajar con otros académicos). La interactiva, por otra parte, es la que le permite a agente interactuar de manera significativa con expertos de áreas distintas de la propia. Collins y Evans (2002), quienes abogaron por una teoría normativa de la *expertise* y una tercera ola en los estudios sociales de la ciencia y la tecnología, sostuvieron que, en rigor, la toma de decisiones sobre los aspectos técnicos de una

2 Las entrevistas se realizaron durante 2019 y la consulta online se envió en marzo de 2020.

controversia científica requiere un nuevo enfoque para la *expertise*, que aborde el problema del alcance que sea capaz de delimitar los límites de la competencia de los agentes no académicos y su participación. Según estos autores, la última palabra para clausurar una controversia siempre debería ocurrir entre expertos (científicos) de un núcleo central del proyecto (*core group*) que podrían establecer los límites de aquello que es o no conocimiento válido. El trabajo sobre la categorización de los tipos de *expertise* y las teorías normativas de la *expertise* inició un álgido debate (Epstein, 2011; Jasanoff, 2003; Rip, 2003; Wynne, 2003) en el que se destacan dos tipos de argumentos críticos. La primera crítica al trabajo de Collins y Evans se relaciona con su aplicabilidad al ámbito de la formulación de políticas públicas (Grundmann, 2017; Jasanoff, 2003). Al jerarquizar el lugar del conocimiento científico por sobre el de otros agentes, refuerzan el modelo tecnocrático instrumental de toma de decisiones (que asume que los consejos dados por los expertos/científicos deben ser la base de las decisiones que informen el diseño de una política pública).

La segunda línea de crítica implica examinar la definición de *expertise*. Collins y Evans (2002) abogaron por un papel especial de la práctica científica en la sociedad y se opusieron a los enfoques relativistas de la pericia que difuminan los límites entre la pericia científica y no científica. Algunos argumentaron (Epstein, 2011; Wynne, 2003) que el modelo de Collins y Evans pasa por alto el aspecto clave de la *expertise*: su carácter atribucional. Grundmann (2017) resume este problema indicando cómo Collins y Evans solo reconocen la *expertise* como algo que alguien tiene en lugar de algo que se le atribuye.

Este último aspecto es central para el análisis a desplegar. El rol de experto y el reconocimiento de la *expertise* es siempre atribuido, no intrínseco a una posición. De este modo, los investigadores deben orientar sus acciones para ser reconocidos como interlocutores expertos, capaces de proveer información válida sobre el tema/problema de investigación.

Esa atribución sobre la categoría de *expertise* debe ser construida para interactuar con dependencias del Estado.

El conocimiento producido debe ser válido, confiable y legítimo (McEwen et al., 2008; Oliver et al., 2014; Pentland et al., 2011). La idea básica detrás de la autoridad del conocimiento es el hecho de que el uso de ese conocimiento está determinado en gran medida por si una información parece ser válida (científicamente) y digna de confianza.

Al respecto, los investigadores despliegan estrategias que suponen la acumulación de un capital social que les facilite el proceso de interacción con agentes no académicos. Las características de este capital giran en torno a la confianza desde el punto de vista de la dependencia (vinculado al estar en territorio) y de la colaboración con los agentes estatales.

Los roles de los agentes en el proceso de producción de conocimiento

Junto con la construcción de legitimidad en el campo de interacción, el análisis de las dinámicas de esas interacciones pone el acento en los roles y las funciones de los agentes (académicos y extraacadémicos) en el proceso.

Bandola-Gill (2019) plantea cuatro roles/funciones que los agentes académicos desarrollaron en sus prácticas de investigación en interacción otros agentes del ámbito estatal, según su grado de vinculación (de más a menos abstracto/formal):

- Contestatario (*challenging*): supone desafiar la configuración de políticas actuales y dirigido a cambios en el conocimiento y la comprensión.
- Aprendizaje (*learning*): situación de aprendizaje en la que varios participantes con diferentes antecedentes interactúan entre sí y aprenden juntos sobre problemas de políticas y prácticas.
- Aportar evidencia (*providing actionable evidence*): el proceso de aportar evidencia a través de la producción de investigación orientada a políticas se basa en la colaboración entre diferentes grupos de actores.
- Promoción (*advocacy*): el objetivo es promover opciones de políticas específicas.

Esta categorización de modelos de intercambio de conocimientos apunta a dos ideas principales sobre la interacción con audiencias no académicas: con respecto a la diversidad de las formas de vinculación y a los niveles constructivos y contestatarios, y la cercanía entre los responsables políticos/profesionales y el mundo académico. Cuanto mayor es el carácter abstracto de la interacción-relación, más espacio aparece para la práctica contestataria, mientras que a menor abstracción mayor cercanía y compromiso, lo que redundará en roles, que, aunque críticos de la toma de decisiones por parte del ámbito político, procuren promover y promocionar temas/problemas y opciones de política para su seguimiento.

La primera idea de este modelo apunta al hecho de que la vinculación (*engagement*) no es homogénea, sino epistemológicamente compleja, y puede llevarse a cabo en diferentes niveles de abstracción y basándose en diversas lógicas institucionales.

Los investigadores afirmaron estar cerca de las partes interesadas e involucrar una multiplicidad de voces y puntos de vista en el proceso de investigación e intercambio de conocimientos (Dunston *et al.*, 2009; Heaton *et al.*, 2015; Holmes *et al.*, 2017). Al mismo tiempo, su conceptualización del límite entre la investigación y la política difirió significativamente.

Los investigadores indagados no resignan la posibilidad contestataria, puesto que le asignan a esa práctica un rol sustantivo en tanto capacidad de ofrecer resistencias al avance de proyectos o programas con los que no comparten diagnósticos o mecanismos de aplicación.

Los investigadores perciben y desarrollan su rol en la interacción y establecen lazos de confianza con las contrapartes. Sin embargo, la construcción de un capital social y el desarrollo de lazos de confianza no aparece en sus discursos como subordinado a los agentes no académicos. Este matiz asimilable a la autonomía clásica es un criterio identitario fundamental del desarrollo del modo de producción de conocimiento analizado.

La relación entre ciencia-sociedad para la política científica estuvo siempre emparentada a la dinámica de oferta y demanda. Como afirmaron Landry *et al.* (2001) y Weiss (1979), los modelos de interacción clásicos de vinculación son tres: basado en la oferta de conocimiento, en la demanda de conocimiento y un tercer modelo en clave interactivo. En este sentido, en los roles de los investigadores, prevalece ese modelo de oferta, en que son ellos quienes movilizan el resultado de sus investigaciones, producto de vinculaciones previas con otros agentes extra-académicos.

Una conceptualización interesante para saltar esta dicotomía desde el punto de vista de la oferta/demanda es la de “interacciones productivas” (*productive interactions*) (Spaapen y Van Drooge, 2011). El modelo entiende las interacciones productivas como intercambios entre investigadores y usuarios en los que se produce y valora un conocimiento científicamente robusto y socialmente relevante. Estos intercambios están mediados a través de varias “pistas”, en diversos soportes: una publicación de investigación, una exposición y un diseño o apoyo financiero. La interacción es productiva cuando conduce a los esfuerzos de las partes

interesadas para utilizar o aplicar los resultados de la investigación. Los impactos sociales del conocimiento, o su relevancia social, son entendidos como cambios de comportamiento que ocurren debido a la forma que adquiere este conocimiento (referido a los efectos del uso). Estos cambios pueden afectar el desarrollo humano o las relaciones sociales entre personas u organizaciones.

¿Ayudar al Estado a pensar?

La investigación en el campo de la ciencia política en el Cono Sur

Se suele esperar que los científicos movilicen el conocimiento que producen orientándolo hacia algún horizonte de utilidad social; pero, recientemente, esta pretensión se ha intensificado y algunas instituciones han comenzado a reclamar a los investigadores que expliciten la relevancia, la pertinencia y el potencial uso de sus investigaciones (Naidorf y Alonso, 2018). A pesar de que *outputs* y *outcomes* (Sarewitz, 2010) de la actividad científica han sido igualados en el análisis cuantitativo de las ciencias sociales (en especial en el “Norte”) y que este marco ha sido cuestionado ampliamente por su alcance teórico, existe un área de vacancia de trabajos de base empírica que se propongan revisar la forma en que los científicos sociales participan en las actividades vinculación con agentes extraacadémicos. ¿Quién es el usuario principal de nuestra investigación? ¿Cómo interpretan y perciben los científicos sociales las actividades de transferencia de conocimiento?

Cuando se piensan procesos de vinculación y transferencia de conocimiento para la investigación social con el Estado y la política (nos referimos en particular al sentido de *policy* en tanto política pública), se suelen ubicar bajo el concepto de *asesoramiento científico* (Estébanez, 2004). El asesoramiento científico reconoce tanto una función de vinculación difusa en la que los investigadores son reconocidos como analistas simbólicos (Brunner, 1993) en que su contribución supone la sistematización de información y el desarrollo de conceptualizaciones que permitan profundizar la comprensión sobre fenómenos sociales complejos. En efecto, en el asesoramiento científico se incluyen actos de investigación usable (Benneworth y Olmos-Peñuela, 2018), que no necesariamente cuentan con un usuario extra-académico explícito en una interacción (*uso conceptual-simbólico*).

Por otro lado, aparecen también experiencias más situadas de interacción en que se persigue un objetivo explícito de aplicación de conocimiento en un con-

texto particular (Alonso, 2021). La pregunta por la aplicación concreta de resultados de investigación se inicia con el reconocimiento, la identificación y la inclusión, como vimos, de un “otro” en tanto contraparte del proceso de producción de conocimiento.

Para que ocurra esa aplicación directa de conocimientos a decisiones en materia política, se requiere un conjunto extraordinario y concatenado de circunstancias que son difíciles de consolidar en la práctica.

En general, las interacciones con el Estado se dan en lo que Brunner (1993) reconoce como una variedad de “arenas de decisión” donde participan múltiples actores, todos ellos dotados de conocimiento local, información parcial y un capital acumulado de prácticas. Al ponerlos en juego interactivamente, buscan arribar a una “solución” del problema, que puede consistir nada más que en su desplazamiento, transformación o simplemente en “pasar” a través de él conforme a los actores se las vayan arreglando (*muddling through*) (Brunner, 1993, p. 4).

Los modos de producción de conocimiento, como sostuvimos, se dan siempre en un marco institucional que habilita y constriñe cursos de acción posible por parte de los académicos. Desde hace dos décadas, se ha ido consolidando un “clima de época” en el que se espera que los investigadores vuelvan más evidentes los mecanismos mediante los que hacen contribuciones con sus investigaciones al ámbito social. En efecto, desde los ámbitos de gestión de la ciencia y la tecnología (CyT), en particular en Argentina, se han puesto en funcionamiento instrumentos de política científica que intentan promover, formalizar e institucionalizar la producción de conocimiento orientado a usuarios concretos de su producción (Alonso, 2021).

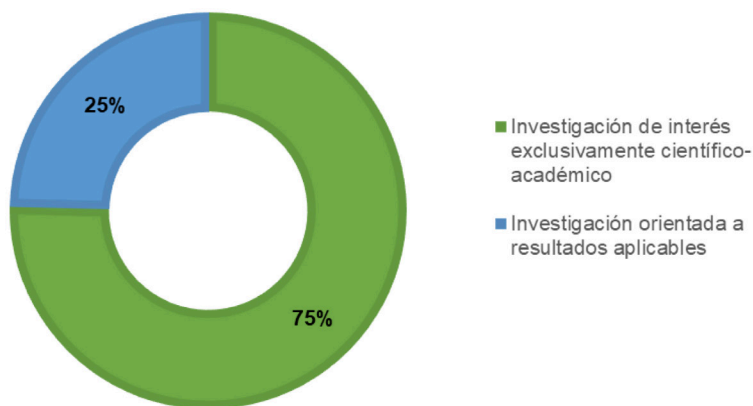
Estos instrumentos, en general, no han sido pensados en especial para involucrar a investigadores de las ciencias sociales y, por tanto, suelen dejar de lado algunos de los matices de este tipo de interacciones a la hora de reconocer las características específicas de esas dinámicas.

La base empírica de investigadores analizada en este trabajo no incorpora a investigadores en este tipo de proyectos orientados, sino más bien una selección intencional de investigadores de renombre y larga trayectoria para indagar los procesos de vinculación con el Estado y la política con un espíritu exploratorio. El trabajo no busca describir y analizar las percepciones de investigadores altamente vinculados, sino ofrecer una caracterización preliminar de investigadores sénior

del campo sobre su relación con los potenciales usuarios y sus percepciones respecto de las dinámicas de interacción de la investigación social.

En el cuestionario realizado, en primer lugar, se les pidió a los investigadores que identifiquen la producción de sus equipos de investigación en dos dimensiones (figura 2).

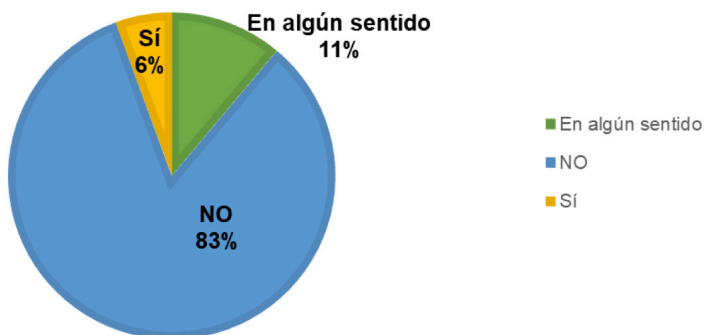
Figura 2. Caracterización de los tipos de investigación que se desarrollan en el grupo que integra el investigador (n = 24)



Fuente: Elaboración propia.

Mayormente, los investigadores indagados se ubican en la investigación básica (75 %), mientras que un menor porcentaje reconoce que desarrollan investigación orientada a resultados de aplicación observable. Sin embargo, como muestra la figura 3, sobre esa misma base de investigadores, al ser indagados los mecanismos de interacción con usuarios potenciales y la orientación de su investigación, el porcentaje de aquellos que realizan algún esfuerzo por orientar su producción hacia algún tipo de usuario se reduce al 17 %. Esto supone una debilidad en la propia dinámica y cultura académica (Naidorf, 2009) en la que la vinculación efectiva con agentes extra-académicos es minoritaria en la comunidad científica.

Figura 3. ¿Orienta su línea en algún sentido hacia ese usuario? (n = 24)



Fuente: Elaboración propia.

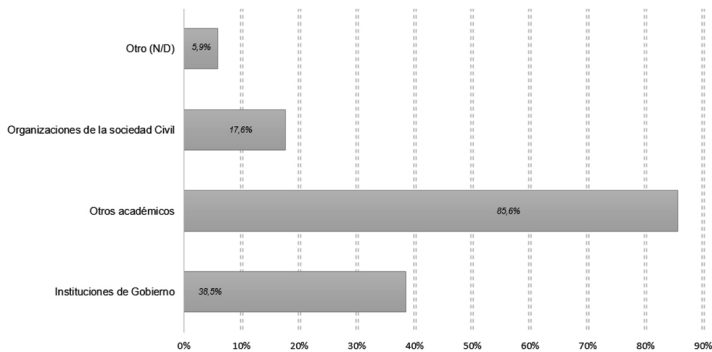
De este modo, sobre esta primera caracterización de la base empírica analizada, se destaca que el modo de vinculación es mayormente desde el punto de vista del uso conceptual de resultados de investigación. El universo de investigadores indagados puede ubicar su producción mayoritariamente bajo la caracterización de actos de investigación usables (Benneworth y Olmos-Peñuela, 2018) y reconocen sus contribuciones no de manera directa e inmediata, sino vinculadas al aspecto conceptual-simbólico en el que brindan herramientas que mejoren la comprensión general de los fenómenos que analizan sus investigaciones.

Por cierto, los investigadores argumentan que ha habido un cambio con respecto al vínculo ciencia-política durante los últimos años, así como una práctica más reflexiva respecto de la transferencia de conocimiento para la investigación social sobre hacer sus contribuciones a la sociedad más evidentes.

Sin embargo, las lógicas institucionales de los campos científicos co-construyen un *habitus* (Bourdieu, 1996) sobre el quehacer académico en el que, mayormente, se espera de los investigadores la producción de resultados de investigación en tanto comunicaciones científicas (*papers*, libros, presentaciones en congresos, etc.). Este *habitus* o *ethos* de investigador en el que se pondera (desde el punto de vista de la evaluación de trayectorias) cada vez más la producción de comunicaciones constriñe el desarrollo de modos de producción de conocimiento en interfase en los que los resultados de una investigación no se ajusten al modelo hegemónico de producción de papers como forma única de validación de conocimiento, legitimidad y autoridad en un campo.

Los investigadores consultados reconocen, en mayor medida, que los usuarios de su producción son las propias comunidades académicas tanto en el ámbito local como regional e internacional, y, en segundo lugar, a diferentes dependencias del Estado, como se muestra en la figura 4.

Figura 4: ¿Quién es el principal usuario de los resultados de su investigación?
(Respuestas múltiples) (n = 38)



Fuente: Elaboración propia.

Los investigadores, en cualquier caso, no están menos interesados en el ámbito político ni están menos preocupados por la contribución de su investigación a la toma de decisiones. Sin embargo, debido a la profesionalización de los campos científicos en los que están insertos junto con las políticas y prácticas de evaluación imperantes, los esfuerzos para promover las interacciones con los usuarios no son tan fluidos. Los usuarios son, en primer lugar, otros académicos de la región y del exterior, por lo que concentran sus esfuerzos en discutir los hallazgos con sus pares en pos de posicionarse tanto en el ámbito regional como internacional.

Sin embargo, cuando se les pidió nombrar los potenciales usuarios de sus producciones, junto con otros académicos, aparecen con claridad múltiples referencias tanto al Estado nacional como a organismos supranacionales, como se muestra en la figura 5.

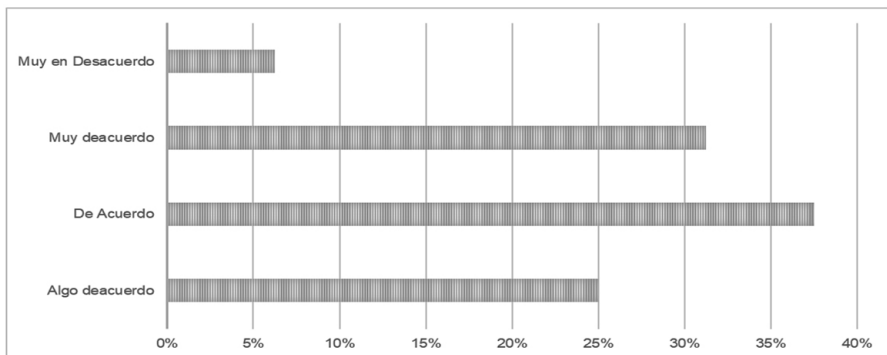
Figura 5. WordCloud de usuarios nombrados por los investigadores (n = 56)



Fuente: Elaboración propia.

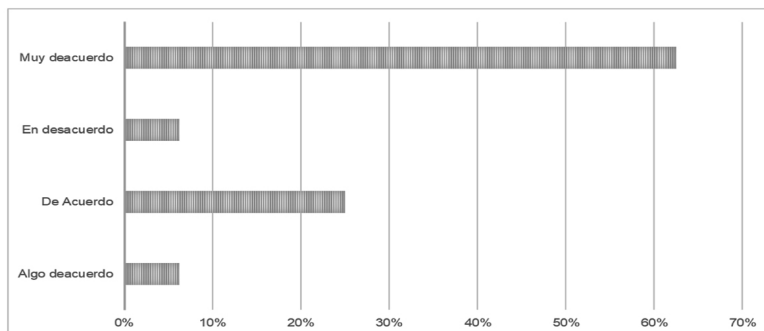
Junto con la legitimidad académica, en tanto *expertise*, reconocen como necesario también consolidar vínculos de confianza con otros agentes. Destacaron que los diálogos con la política, en sentido amplio, y los tomadores de decisión tienden a estar más influenciados por apertura y filiación política en el plano de las relaciones interpersonales, como se muestra en las figuras 6 y 7.

Figura 6. Grado de acuerdo con la siguiente afirmación: "Las instituciones (públicas o privadas) que pueden demandar nuestro conocimiento seleccionan aquellos grupos con los que tienen mayor afinidad política para solicitar consultorías" (n = 24)



Fuente: Elaboración propia.

Figura 7. Grado de acuerdo con la siguiente afirmación: "Las instituciones públicas no siempre incorporan el conocimiento que producimos en el diseño de política pública"
(n = 24)



Fuente: Elaboración propia.

La afinidad con el agente extraacadémico es un eje central, en sus percepciones, para llevar adelante la interacción. Esta afinidad se construye sobre la lógica de cosmovisiones y trayectorias compartidas junto con la capacidad de consolidar autoridad científica sobre los temas en cuestión. Son autoridad y confianza son los dos emergentes más significativos en los discursos de los investigadores.

Esto supone reconocer que el proceso de movilización/circulación de conocimiento, del mismo modo que la propia investigación, contiene elementos del orden de lo social que desempeñan un papel clave en la investigación científica.

Estas condiciones contextuales que debe atender el conocimiento con fines de uso, retomando la literatura, deben cumplir tres características: debe ser apropiado, persuasivo y situado (de Jong, Smit y van Drooge, 2016; Bandola-Gill, 2019; Majone, 1989).

Por apropiado se entiende que la evidencia debe seleccionarse no solo sobre la base de sus cualidades epistemológicas, sino más bien según su idoneidad para los procesos sociales en los que interviene.

El conocimiento con fines de uso es persuasivo cuando la capacidad argumentativa es atribuible al conocimiento, se refiere al proceso de producción y al uso de conocimiento, no de acuerdo con el modelo tecnocrático/racional, sino como un proceso retórico-interpretativo, el cual reconoce que la condición de objetividad

del conocimiento está sujeta a un trabajo argumentativo y deliberativo (Majone, 1989). La tercera característica, sobre el carácter situado del conocimiento, se refiere al contexto de aplicación del conocimiento socio-históricamente situado. Supone reconocer el alcance del conocimiento y su aplicación al contexto determinado contingentemente por los agentes que intervienen.

De este modo, se consolida, recupera la multiplicidad de agentes y variables complejas y contingentes que forman parte del proceso de interacción, una vasta producción de conocimiento que es potencialmente aplicable; pero que no ha sido aún, o no será nunca, aplicada, lo que Kreimer y Thomas (2004) denominaron el fenómeno conocimiento aplicable no aplicado (CANA). De este modo, junto con la producción de conocimiento de característica conceptual-simbólica (que ofrece información sobre temas relevantes de la gestión), es necesario también consolidar mecanismos que permitan o empleen mediaciones para garantizar su aplicación concreta. Al respecto, algunos investigadores reconocen que, también producto de las lógicas institucionales imperantes, al menos parte de estas tareas no debieran recaer exclusivamente en el dominio de los propios investigadores.

Discusión

Nuestro trabajo se propuso explorar sobre las percepciones e interpretaciones de investigadores del campo de la ciencia política sobre las dinámicas de vinculación con agentes extraacadémicos. El trabajo mostró que para el universo empírico analizado la vinculación con un “otro” de la investigación tiene dos claves: en primer lugar, vinculada al tipo de uso (conceptual-simbólico e instrumental) y, en segundo lugar, según el tipo de agente: intra-académico y extra-académico.

Vinculado al tipo de uso potencial, los investigadores reconocen como relevante su producción en tanto ofrecen información valiosa y relevante para el proceso de toma de decisiones. La vinculación con otros académicos, en sus discursos, les permite fortalecer no solo la valía epistemológica de sus producciones (en el intercambio con pares), sino también como mecanismo de consecución de autoridad (*expertise*) académica para interacciones posteriores. Para el estudio de las dinámicas concretas de interacción con agentes extra-académicos, el trabajo revisó literatura que pone en contexto y permite reconocer los matices altamente complejos de este tipo de prácticas, en especial, para las ciencias sociales cuando el interlocutor es el Estado y la política. Producto de la complejidad de estas interacciones, es de esperar que no ocurran con frecuencia y más aún que cuando ocurran no se obtengan los resultados deseables. Una parte sustantiva, a menudo

reducida, de la interacción es el reconocimiento de ese otro de la investigación y su inclusión en el proceso de producción de conocimiento, no con un rol estático o expectante, sino con agencia, intereses y motivaciones que deben reconocerse en el propio modo de producción de conocimiento científico.

Lo anterior, de ningún modo, sugiere (ni es intención de nuestro trabajo) que exista una subordinación explícita de los investigadores por parte de los ámbitos estatales, sino más bien un encuentro virtuoso que permita acercar posiciones y acorte distancias que hagan más fáciles las dinámicas de apropiación de conocimiento.

Referencias

- Alonso, M. (2021). Re-significaciones de los recursos institucionales de gobernanza de la "tercera misión" de las universidades: el caso de los Proyectos de desarrollo tecnológico y social (PDTs) de Argentina. *RASE: Revista de Sociología de la Educación*, 14(2), 205-227. <https://doi.org/10.7203/RASE.14.2.18128>
- Alonso, M. y Nápoli, M. (2021). ¿Cómo se definen relevancia, pertinencia y demanda de la investigación científico-tecnológica? Agendas orientadas y evaluación académica en los proyectos de desarrollo tecnológico y social (PDTs). *Divulgatio: Perfiles Académicos de Posgrado*, 5(14), 52-72. <https://doi.org/10.48160/25913530di14.161>
- Báez, O. (2019). La ciencia política sobre América Latina: docencia e investigación en perspectiva comparada/Flavia Freidenberg (ed.). Santo Domingo: Fundación Global Democracia y Desarrollo (FUNGLODE), 2017. *Revista Española de Ciencia Política*, 225-228. https://recyt.fecyt.es/index.php/recp/article/download/72798/pdf_165/0
- Bandola-Gill, J. (2019). Knowledge brokers and policy advice in policy formulation. En M. Howlett y I. Mukherjee (eds.), *Handbook of policy formulation* (pp. 249-265). Edward Elgar Publishing.
- Barrientos del Monte, F. (2013). La ciencia política en América Latina: Una breve introducción histórica. *Convergencia*, 20(61), 105-133. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1405-14352013000100005&script=sci_abstract&tlng=en
- Beigel, M. F. (2009). La Flacso chilena y la regionalización de las ciencias sociales en América Latina (1957-1973). *Revista Mexicana de Sociología*, 71(2), 319-349. <http://dx.doi.org/10.22201/iis.01882503p.2009.002.17751>
- Beigel, M. F. (2010). Autonomía y dependencia académica: Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980). *Biblos*.
- Beigel, M. F. (2013). Centros y periferias en la circulación internacional del conocimiento. *Nueva Sociedad*, 245, 110-123. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/1232>
- Bennet, A., Bennet, D., Fafard, K., Fonda, M., Lomond, T., Messier, L. y Vaugeois, N. (2007). *Knowledge mobilization in the social sciences and humanities*. MQI Press.
- Benneworth, P. y Olmos-Peñuela, J. (2018). Reflecting on the tensions of research utilization: Understanding the coupling of academic and user knowledge. *Science and Public Policy*, 45(6), 764-774. <https://doi.org/10.1093/scipol/scy021>

- Benneworth, P., Culum, B. Farnell, T. Kaiser, F. Seeber, M. Scukanec, N. Vossensteyn, H. y Westerheijden, D. (2018). Mapping and critical synthesis of current state-of-the-art on community engagement. Institute for the Development of Education. http://pascalobservatory.org/sites/default/files/scribd/tefca_publication-1.pdf
- Bentancur, N., Bidegain, G. y Martínez, R. (2021). La enseñanza de las políticas públicas en América Latina: Estado de la situación y desafíos para la ciencia política. *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, 71, 13-36. <https://doi.org/10.17141/iconos.71.2021.4800>
- Beyer, J.M. (1997). Research utilization: Bridging a cultural gap between communities. *Journal of Management Inquiry*, 6(1), 17-22. <https://doi.org/10.1177/105649269761004>
- Boekholt, P. (2010). The evolution of innovation paradigms and their influence on research, technological development and innovation policy instruments. (112-127) En R. E. Smits, S. Kuhlmann y P. Shapira (eds.), *The theory and practice of innovation policy*. Edward Elgar Publishing.
- Bornmann, L. (2012). Measuring the societal impact of research: Research is less and less assessed on scientific impact alone—we should aim to quantify the increasingly important contributions of science to society. *EMBO Reports*, 13(8), 673-676. <https://doi.org/10.1038/embor.2012.99>
- Bourdieu, P. (1996). *Homo academicus*. Siglo XXI.
- Brunner, J. J. (1993). ¿Contribuye la investigación social a la toma de decisiones? *Revista Colombiana de Educación*, (27). <https://doi.org/10.17227/01203916.5303>
- Bulcourn, P. (2012). El desarrollo de la ciencia política en Argentina. *Política: Revista de Ciencia Política*, 50(1), 59-92. DOI: 10.5354/0719-5338.2012.22649
- Bulcourn, P. y D'Alessandro, M. (2003). La ciencia política en la Argentina. En J. Pinto (ed.), *Introducción a la ciencia política* (pp. 133-184). Eudeba.
- Bulcourn, P., Gutiérrez Márquez, E. y Cardozo, N. (2015). Historia y desarrollo de la ciencia política en América Latina: Reflexiones sobre la constitución del campo de estudios. *Revista de Ciencia Política*, 35(1), 179-199. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-090X2015000100009>
- Bulcourn, P., Krzywicka, K. y Ravecca, P. (2017). Reconstruyendo la ciencia política en América Latina. *Anuario Latinoamericano: Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales*, 5, 17-31. <http://dx.doi.org/10.17951/al.2017.5.17>
- Castro-Martínez, E. y Olmos-Peñuela, J. (2014). Características de las interacciones con la sociedad de los investigadores de humanidades y ciencias sociales a partir de estudios empíricos. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 9(27), 113-141. <https://riunet.upv.es/handle/10251/80773>
- Castro-Martínez, E. y Vega Jurado, J. (2009). Las relaciones universidad-entorno socioeconómico en el Espacio Iberoamericano del Conocimiento. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 4(12), 71-81. <http://www.revistacts.net/contenido/numero-12/las-relaciones-universidad-entorno-socioeconomicoen-el-espacio-iberoamericano-del-conocimiento/>
- Collins, M. y Evans, R. (2002), The third wave of science studies: Studies of expertise and experience. *Social Studies of Science*, 32(2), 235-296. <https://doi.org/10.1177/0306312702032002003>
- D'Alessandro, M. y Gantus, D. J. (2021). Problemas y desafíos de la enseñanza de la Ciencia Política en la Argentina. *Temas y Debates*, 41, 131-152. <https://temasydebates.unr.edu.ar/index.php/tyd/article/view/547>

- D'Este, P., Guy, F. y Iammarino, S. (2013). Shaping the formation of university-industry research collaborations: What type of proximity does really matter? *Journal of Economic Geography*, 13(4), 537-558. <https://doi.org/10.1093/jeg/lbs010>
- de Jong, S., Smit, J., van Drooge, L. (2016) Scientists' response to societal impact policies: A policy paradox, *Science and Public Policy*, 43(1), 102-114. <https://doi.org/10.1093/scipol/scv023>
- Dib, D. (2018, 3 de junio). Martín D'Alessandro: "La ciencia política se encuentra en el periodo de mayor desarrollo de toda su historia". [https://nuevospapeles.com/nota/10570-martin-d %E2 %80 %99alessandro-la-ciencia-politica-se-encuentra-en-el-periodo-de-mayor-desarrollo-de-toda-su-historia](https://nuevospapeles.com/nota/10570-martin-d-%E2%80%99alessandro-la-ciencia-politica-se-encuentra-en-el-periodo-de-mayor-desarrollo-de-toda-su-historia)
- Dunston, R., Lee, A., Boud, D., Brodie, P. y Chiarella, M. (2009). Co-production and health system reform-from re-imagining to re-making. *Australian Journal of Public Administration*, 68(1), 39-52.
- Epstein, S. (2011). Misguided boundary work in studies of expertise: Time to return to the evidence. *Critical Policy Studies*, 5(3), 323-328. <https://doi.org/10.1080/19460171.2011.606306>
- Estébanez, M. E. (2004). Conocimiento científico y políticas públicas: Un análisis de la utilidad social de las investigaciones científicas en el campo social. *Espacio Abierto*, 13(1), 7-37. <https://produccioncientificaluz.org/index.php/espacio/article/view/2093>
- Gentili, P. y Saforcada, F. (coords.) (2012). Ciencias sociales, producción de conocimiento y formación de posgrado: Debates y perspectivas críticas. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/posgrados/20120920120632/Formaciondeposgrado.pdf
- Gibbons, M., Limoges, C., Nowotny, H., Schwartzman, S., Scott, P. y Trow, M. (1997). La nueva producción del conocimiento: La dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas. Pomares.
- Giddens, A (1987). Las nuevas reglas del método sociológico. Amorrortu.
- Grundmann, R. (2017). The problem of expertise in knowledge societies. *Minerva*, 55(1), 25-48. <https://doi.org/10.1007/s11024-016-9308-7>
- Hawkins, B. y Parkhurst, J. (2016). The 'good governance' of evidence in health policy. *Evidence & Policy: A Journal of Research, Debate and Practice*, 12(4), 575-592. <https://doi.org/10.1332/174426415X14430058455412>
- Heaton, J., Day, J. y Britten, N. (2015). Collaborative research and the coproduction of knowledge for practice: An illustrative case study. *Implementation Science*, 11(1), 1-10. <https://doi.org/10.1186/s13012-016-0383-9>
- Holmes, B. J., Best, A., Davies, H., Hunter, D., Kelly, M. P., Marshall, M. y Rycroft-Malone, J. (2017). Mobilising knowledge in complex health systems: A call to action. *Evidence & Policy*, 13(3), 539-560. <https://doi.org/10.1332/174426416X14712553750311>
- Jasanoff, S. (2003). (No?) Accounting for expertise. *Science and Public Policy*, 30(3), 157-162. <https://doi.org/10.3152/147154303781780542>
- Knorr-Cetina, K (1996). The manufacture of knowledge: An essay on the constructivist and contextual nature of science. Pergamon Press.
- Kreimer, P. y Thomas, H. (2004). Un poco de reflexividad o ¿de dónde venimos? *Estudios sociales de la ciencia y la tecnología en América Latina*. Universidad Nacional de Quilmes. <https://repositorio.esocite.la/877/>

- Krotsch, P. (2001). Educación superior y reformas comparadas. Universidad Nacional de Quilmes. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/116712>
- Lam, A. (2010). From 'ivory tower traditionalists' to 'entrepreneurial scientists'? Academic scientists in fuzzy university-industry boundaries. *Social Studies of Science*, 40(2), 307-340. <https://doi.org/10.1177/0306312709349963>
- Landry, R., Amara, N. y Lamari, M. (2001). Utilization of social science research knowledge in Canada. *Research Policy*, 30(2), 333-349. [https://doi.org/10.1016/S0048-7333\(00\)00081-0](https://doi.org/10.1016/S0048-7333(00)00081-0)
- Leiras, M. y D'Alessandro, M. (2005). La ciencia política en Argentina: el camino de la institucionalización dentro y fuera de las aulas universitarias. *Revista de Ciencia Política*, 25(1), 76-91. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-090X2005000100005>
- Levesque, P. (2009). Knowledge Mobilization Works. www.knowledgemobilization.net
- Levin, B. (2011). Mobilising research knowledge in education. *London Review of Education*, 9, 15-26. DOI: 10.1080/14748460.2011.550431
- Llopis, O., Sánchez-Barrioluengo, M., Olmos-Peñuela, J. y Castro-Martínez, E. (2018). Scientists' engagement in knowledge transfer and exchange: Individual factors, variety of mechanisms and users. *Science and Public Policy*, 45(6), 790-803. <https://doi.org/10.1093/scipol/scy020>
- Majone, G. (1989). Evidence, argument, and persuasion in the policy process. Yale University Press.
- McEwen, J., Crawshaw, M., Liversedge, A. y Bradley, G. (2008). Promoting change through research and evidence-informed practice: A knowledge transfer partnership project between a university and a local authority. *Evidence & Policy: A Journal of Research, Debate and Practice*, 4(4), 391-403. <https://doi.org/10.1332/174426408X366685>
- Naidorf, J. (2009). La Universidad para el público o la Universidad como espacio público: Esa es la cuestión. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/10035>
- Naidorf, J. y Alonso, M. (2018). La movilización del conocimiento en tres tiempos. *Revista Lusófona de Educação*, 39(39), 81-95. <https://revistas.ulusofona.pt/index.php/rleducacao/article/view/6404>
- Naidorf, J. y Perrotta, D. (2015). La ciencia social politizada y móvil de una nueva agenda latinoamericana orientada a prioridades. *Revista de la Educación Superior*, 44(174), 19-46. <https://doi.org/10.1016/j.resu.2015.05.001>
- Naidorf, J., Riccono, G. y Alonso, M. (2020). Comunicabilidad interna y externa de los resultados de la investigación científica. En M. E. García Gil, D. M. Plazas Gil y N. Arata (eds.), *La pregunta por lo social en América Latina en el siglo XXI: Abordajes desde la comunicación, la educación y la política* (pp. 111-136). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. <https://repository.usta.edu.co/handle/11634/27467>
- Nutley, S. M., Walter, I. y Davies, H. T. (2007). Using evidence: How research can inform public services. Policy Press.
- Oliver, K., Innvar, S., Lorenc, T., Woodman, J. y Thomas, J. (2014). A systematic review of barriers to and facilitators of the use of evidence by policymakers. *BMC Health Services Research*, 14(1), 1-12. <https://doi.org/10.1186/1472-6963-14-2>
- Olmos-Peñuela, J., Castro-Martínez, E. y D'Este, P. (2014). Knowledge transfer activities in social sciences and humanities: Explaining the interactions of research groups with non-academic agents. *Research Policy*, 43(4), 696-706. <https://doi.org/10.1016/j.respol.2013.12.004>

- Orton, L., Lloyd-Williams, F., Taylor-Robinson, D., O'Flaherty, M. y Capewell, S. (2011). The use of research evidence in public health decision making processes: systematic review. *PloS one*, 6(7), e21704. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0021704>
- Pentland, D., Forsyth, K., Maciver, D., Walsh, M., Murray, R., Irvine, L. y Sikora, S. (2011). Key characteristics of knowledge transfer and exchange in healthcare: Integrative literature review. *Journal of Advanced Nursing*, 67(7), 1408-1425. <https://doi.org/10.1111/j.1365-2648.2011.05631.x>
- Pielke Jr, R. A. (2007). *The honest broker: Making sense of science in policy and politics*. Cambridge University Press.
- Rip, A. (2003). Constructing expertise: In a third wave of science studies? *Social Studies of Science*, 33(3), 419-434. <https://doi.org/10.1177/03063127030333006>
- Sarewitz, D. (2010). Normal science and limits on knowledge: what we seek to know, what we choose not to know, what we don't bother knowing. *Social Research: An International Quarterly*, 77(3), 997-1010.
- Senejko, M. P. y Versino, M. (2019). Los proyectos de desarrollo tecnológico y social (PDTs) en la Universidad de Buenos Aires. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, 59, 74-90. <https://doi.org/10.33255/3059/688>
- Smith, K. (2012). Fools, facilitators and flexians: Academic identities in marketised environments. *Higher Education Quarterly*, 66(2), 155-173. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2273.2012.00513.x>
- Social Sciences and Humanities Research Council. (s. f.). Knowledge mobilization. <https://www.sshrc-crsh.gc.ca/funding-financement/programs-programmes/definitions-eng.aspx#km-mc>
- Spaapen, J. y Van Drooge, L. (2011). Introducing 'productive interactions' in social impact assessment. *Research Evaluation*, 20(3), 211-218. <https://doi.org/10.3152/095820211X12941371876742>
- Stokes, D. E. (2011). *Pasteur's quadrant: Basic science and technological innovation*. Brookings Institution Press.
- Svampa, M. (2007). *La sociedad excluyente*. Taurus.
- Swan, J., Bresnen, M., Robertson, M., Newell, S. y Dopson, S. (2010). When policy meets practice: Colliding logics and the challenges of 'Mode 2' initiatives in the translation of academic knowledge. *Organization Studies*, 31(9-10), 1311-1340. <https://doi.org/10.1177/0170840610374402>
- Weiss, C. H. (1979). The many meanings of research utilization. *Public Administration Review*, 39(5), 426-431. <https://doi.org/10.2307/3109916>
- Weiss, C. H. (1992). Helping government think: Functions and consequences of policy analysis organizations. En *Organizations for policy analysis: Helping government think* (pp. 1-18). Sage.
- Wynne, B. (2003). Seasick on the third wave? Subverting the hegemony of propositionalism: Response to Collins & Evans (2002). *Social Studies of Science*, 33(3), 401-417. <https://doi.org/10.1177/03063127030333005>